

Segunda parte: Santidad que vosotros debeis adquirir por una consagracion interior.

23. Así como la fe debe ser la regla universal de los cristianos de modo que con ella, en las señales visibles, que son los Sacramentos, penetren los misterios y las verdades invisibles; así también es cierto que en la dedicacion de los templos y en la consagracion de los altares, su principal objeto debe ser hacerse ellos á sí mismos templos y altares de Dios vivo, y¹ que lo que se hace exteriormente en aquellos por las purificaciones de la ley de Jesucristo, se cumpla interiormente en estos por las operaciones de la gracia. Porque aunque estos edificios sean santos y agradables á Dios, no obstante, nuestros cuerpos y nuestros corazones le son infinitamente mas preciosos, porque los primeros son obras de las manos de los hombres, pero los segundos son obras del Criador.

24. Vosotros sois piedras vivas, dice el Apóstol², una casa espiritual y un sacerdocio santo para ofrecer á Dios sacrificios espirituales que le sean agradables por Jesucristo, para enseñarnos, que nosotros tenemos como un cuerpo de religion dentro de nosotros; que somos á un tiempo el templo y los adoradores, los sacerdotes y las víctimas; que hay en nosotros una morada y habitacion secreta de Dios, un culto de espíritu y de verdad, y un sacrificio de los sentimientos de nuestro corazon y de las potencias de nuestra alma, cuando estamos unidos á Jesucristo, autor del verdadero sacrificio, de la verdadera adoracion y de la verdadera justicia.

25. Y así, hermanos míos, la casa de nuestra oracion es la iglesia, y la casa de Dios somos nosotros mismos³. Nosotros somos aquellas piedras vivas formadas por la fe, labradas por medio de las instrucciones, aseguradas por la esperanza, unidas, enlazadas por la caridad, y fundadas sobre Jesucristo, que es la piedra angular, reprobada por los hombres, pero escogida por Dios. Nuestro edificio se va elevando insensiblemente durante el curso de nuestra vida mortal, por la práctica de las virtudes, por la santidad de los pen-

¹ D. Aug. serm. CCLV de Temp.

² Et ipsi tanquam lapides vivi superædificamini, domus spiritualis, sacerdotium sanctum, offerre spirituales hostias, acceptabiles Deo per Jesum Christum. (1 Petr. II, 5).

³ Domus orationum nostrarum ista: domus autem Dei, nos ipsi. (Aug. serm. XVI).

samientos, por la eficacia de las oraciones, por el uso de los Sacramentos. Jesucristo, pontífice de los bienes futuros, como dice el Apóstol, le consagra invisiblemente, le lava y le purifica por el agua del Bautismo y por las lágrimas de la Penitencia. Graba en él su santa ley por medio de la predicacion de su palabra, imprime en él su cruz por la meditacion de su paciencia, y derrama en él sus unciones por medio de los socorros de su gracia. Enciende en él un fuego sagrado por la infusion de su amor, lo ilumina por el conocimiento y la inspiracion de sus verdades, lo sostiene por su poder y por sus bendiciones hasta que, en fin, acaba de dedicarlo y consagrarlo en la eternidad de su gloria.

26. Pero como es en los templos materiales donde se forma y se consagra ordinariamente este templo interior y espiritual, es necesario no entrar en ellos sino para adquirir la santidad con pureza de intencion, con pureza de costumbres, y con pureza de afecto. Tres reflexiones que os suplico hagais conmigo.

27. Digo con pureza de intencion en solo el fin de nuestra eterna salud; porque, como dice san Bernardo, las iglesias son establecidas para nuestros cuerpos, nuestros cuerpos son hechos para nuestras almas, y nuestras almas para el Espíritu Santo que habita en ellas. Es necesario, pues, pararse en lo que este Espíritu nos pide y obra en nosotros, que es nuestra santificacion¹. Este es el motivo por que Dios reside en estos santos lugares, añade el mismo Padre, y por que los hombres se juntan en él en su nombre; porque él lo contiene todo, lo dispone todo y lo llena todo, y obra diferentemente segun las diferentes disposiciones de los lugares donde obra. Está en los malos, disimulándolos y aguardándolos á penitencia; en los buenos, produciendo ó conservando en ellos la justicia; en los bienaventurados, alimentándolos con su vista y con su amor; en los condenados, castigando en ellos la obstinacion y la malicia. Está en el cielo como un Esposo; y ¡dichosa el alma que allí fuese introducida! Está en el infierno como Juez; y la Escritura nos enseña que es cosa tremenda caer en las manos de Dios vivo. Está en las iglesias como Padre, y Padre de misericordias, santificando á los justos, y llamando á los pecadores á su salvacion.

28. Ya parece que cada uno quiere corresponder á sus intenciones. Gracias á Jesucristo que las iglesias no están desiertas, ni tenemos tampoco motivo para quejarnos con el Profeta² que nadie

¹ Vere Dominus est in loco isto. (Genes. XXVIII, 16).

² Thren. I, 4.

vienen á la solemnidad; pero sondeemos un poco con qué ánimo viene cada uno á ellas. La mayor parte para hacerle á Dios algunas súplicas y oraciones interesadas, para obtener riquezas, para librarse de los peligros, para pedir por la salud de sus parientes y por el establecimiento de su casa, ó por alcanzar un empleo que se pretende y solicita con ansia. Llévansé hasta sobre el altar sus deseos y pasiones; y por una ceguedad deplorable, muchas veces se viene á pedir á Dios lo que no se atrevería uno á pedir al mundo. Quiérese que él conceda lo que ha prohibido desear. Quiérese hacer á su misericordia cómplice de los malos designios, y se le hacen votos cuyo mayor castigo sería que fuesen oídos. Y ¿cuántos hay que vienen á ellas por bien parecer, por conservar un poco su reputacion, por establecerse una falsa paz, por acomodarse al uso y á la costumbre, y por no ofender por medio de una singularidad escandalosa al gran mundo, que, por desordenado que sea, todavía se precia de alguna regularidad, y quiere que á lo menos se tengan algunas apariencias de religion? ¿Cuántos hay tambien que no conocen sino un culto exterior y enteramente humano; que glorifican á Dios con los labios, pero que su corazon está muy distante de él; que abandonando su espíritu á voluntarias distracciones, hablan sin pensar en lo que hablan, oran sin saber lo que oran, y quieren que Dios les oiga, cuando ellos no se oyen á sí mismos, dice san Cipriano? ¿Cuántas personas hay que se forman un arte de devocion; que se dan á todos los ejercicios de piedad que pueden atraerles la gloria y la estimacion; que se honran de todo lo que hacen, de los métodos de oracion que siguen, de las iglesias que frecuentan y de la reputacion de los directores que han elegido; que siempre están en los lugares mas públicos de la iglesia, y que no se acercan á Dios sino para ser vistas de los hombres? ¿Cuántas hay que vienen á la iglesia por fuerza, á quienes las fiestas solemnes se les hacen muy molestas, y miran como á un pesado yugo á la necesidad y precisión de oír un sermón ó una misa mayor? ¿Y no es esto abusar de las cosas santas?

29. Nosotros no debemos entrar en el templo de Dios sino para hacernos santos delante de él. Porque parece que todo cuanto se ve en él, nos convida á esta santificacion; estas sagradas fuentes nos traen á la memoria el origen de nuestra fe y de nuestra regeneracion espiritual, y nos hacen acordar de la gracia y de las obligaciones de nuestro bautismo. Estos altares nos enseñan que tenemos un corazon donde Jesucristo quiere reposar, y donde nosotros

podemos ofrecer otros tantos sacrificios como pasiones tenemos que nos rodean. Estos tribunales de la penitencia ¿no nos convidan á gemir con la vista de nuestros pecados, y á sumergir y anegar á estos egipcios en el mar Rojo, quiero decir, en la sangre de Jesucristo? Este púlpito ¿no nos predica por sí mismo que somos nuevas criaturas engendradas de la palabra de la verdad? Esa divina y adorable Eucaristía ¿no nos obliga á venir y á presentarnos, no solamente con una grande pureza de intencion, sino tambien con una grande pureza de costumbres?

30. Ninguna cosa hace á la Iglesia ni mas santa ni mas venerable que el sacrificio de Jesucristo que en ella se ofrece, y nada nos obliga mas á purificarnos que el honor que recibimos en asistir á él y en participar de él. Porque así como es verdad que el Hijo de Dios no ha podido hacer á su Padre un homenaje mas perfecto que ofrecerse una vez en sacrificio sobre la cruz, y con él el cuerpo de su Iglesia y cada uno de sus escogidos en particular; así como es verdad que se ofrece aun todos los dias en los santos altares por manos de los sacerdotes, que la Iglesia por una misma accion le ofrece tambien todos los dias, y con él se ofrece ella misma y todos sus hijos, y que los fieles con su asistencia á este adorable misterio, cooperan á esta accion tan divina y del todo santa, y juntan la obligacion que hacen de sí mismos á la de Jesucristo y de toda la Iglesia; así tambien es verdad que no hay en toda la Religion accion mas santa y mas digna de Dios, que le sea mas agradable, que sea mas poderosa, y que deba atraer mas gracias, que la de asistir digna y santamente al santo sacrificio, segun el espíritu de Jesucristo y de la Iglesia.

31. ¿Cuál, pues, debe ser la pureza de vida de un cristiano, que ejerciendo todos los dias el sacerdocio espiritual é interior de que habla san Pedro en el ofrecimiento que hace de Jesucristo, y sirviéndose él mismo de víctima espiritual y viviente en la oblation que Jesucristo hace de él, no debería haber hecho jamás accion que no correspondiese á la dignidad del sacrificador y á la santidad de la ofrenda? Examinad, pues, vuestra conciencia todas las veces que os presentais en la iglesia á los sagrados misterios. ¿Creeis vosotros que ese deseo que teneis de presentaros en público, que esas preferencias que incesantemente os dais á vosotros mismos, que ese aire altivo y soberbio con que tratais á los pobres y á los desgraciados, pueden entrar en unidad de sacrificio con Jesucristo humillado? ¿Pensais vosotros que ese resentimiento ó ese

odio inveterado que conservais en vuestro corazon puede entrar en la oblacion de Jesucristo, que pidió por sus enemigos, y que tanto os ha recomendado el reconciliaros con los vuestros antes de acercaros á sus altares á llevar á ellos vuestras ofrendas? ¿Pensais vosotros que querrá él ofrecer á su Padre un cuerpo manchado de impurezas, juntamente con una carne virginal y nacida de una Madre virgen? ¿En qué parte de su sacrificio, que por todas ellas no es sino caridad y misericordia para con nosotros, podrá entrar vuestra dureza para con los miserables que imploran vuestra asistencia?

32. Créese regularmente (y esto es un error esparcido en el Cristianismo) que no está mandado el juzgarse uno á sí mismo, ni el probarse, sino cuando se dispone á comulgar. Hácense por entonces en sí mismo algunos esfuerzos sobre su espíritu; despiértase un poco de su letargo, conviéndose en que es necesaria alguna pureza, éntrase en la iglesia con un aire mas humillado; pero cuando se asiste á ella todos los dias, todo se permite y se dispensa; de nada se abstiene ni refrena, no obstante que la Iglesia antigua nos enseña, que no menos disposicion se necesita casi para asistir al santo sacrificio de la misa que para recibir el cuerpo y sangre de Jesucristo; que no era esta accion de ofrecer con el sacerdote el cuerpo del Salvador menos que la de recibirle de la mano del sacerdote; que era necesario temblar de respeto antes de la comunión espiritual, como antes de la sacramental; y que así como los catecúmenos no merecian aun ser admitidos á estos santos misterios, así tampoco los que habian perdido la gracia de su bautismo no merecian ser recibidos á ellos.

33. Yo bien sé que la Iglesia les permite y aun los obliga á asistir á ellos; pero quiere que asistan con espíritu de humillacion y penitencia. Desea ella que la presencia de Jesucristo despierte su fe, y que cargándose esta santa hostia de sus pecados, los consume y los borre. Pretende que, ya que ellos no puedan ser víctimas de caridad, sean á lo menos víctimas de contricion y de dolor, que estén presentes como reos, por quienes pide la gracia y perdón, y como miembros muertos, á quienes ella procura resucitar, atrayendo sobre ellos por medio de sus oraciones algun aliento de espíritu de vida, cuya plenitud está en Jesucristo, que se ofrece á Dios en hostia de propiciacion por sus pecados.

34. Y así es necesario, no solo una pureza de costumbres, sino tambien una pureza de corazon y de afecto. Observa san Agus-

tin, que así como habia dos altares en el templo de Salomon, el altar exterior, donde se degollaban las víctimas, y el altar interior, donde se quemaba el incienso; así tambien hay en nosotros dos altares, es á saber, nuestro cuerpo y nuestro corazon; que nosotros debemos ofrecer sobre el uno, por medio de la mortificacion y de la penitencia, toda suerte de buenas obras, y que desde el otro debemos enviar hácia el cielo olorosos perfumes de todo género de santos pensamientos; y que entonces celebraremos con alegría la fiesta de la consagracion del altar santo, cuando nuestros cuerpos y nuestros corazones fueren puros delante de la Majestad divina; cuando el fuego del altar, que es su espíritu, hubiere consumido todo lo que la carne y sangre puede producir en nosotros, opuesto á la pureza que nos pide, y á la santidad de este templo vivo y espiritual, que nos ha prometido formar en el fondo de nuestros corazones. De esta manera debemos asistir á este tremendo sacrificio, cuando en las ceremonias con que ella consagra el altar pide á Dios que este altar sea siempre honrado con un culto divino y espiritual; que aquellos que se acercan á él, lleguen á ser hostias de Jesucristo, que se esfuercen en destruir todo lo que puede desagradar á Dios en sus almas; y que el orgullo y la ira sean sacrificados en él.

35. Es necesario purificarse de todos los afectos, de todas las inclinaciones, y de todos los apegos que pueden manchar nuestro corazon². El amor de cualquiera cosa fuera de Dios, afea el alma; este ya es un desórden, ya es una mancha. Si quereis ser templos de Dios, renovad vuestro espíritu y vuestro corazon. Vosotros érais del hombre viejo, dice san Agustin³, aun no me habiais edificado casa; vosotros estábais como sepultados en vuestras ruinas: salid, pues, de ese antiguo edificio, adornaos de las virtudes.

36. Traed á vuestra memoria, hermanos míos, vuestra antigua y pobre iglesia. ¿Qué pena no tenais en ver casi borradas las reliquias de la piedad de vuestros padres? ¿Con qué ojos de compasion no mirábais esos altares que el tiempo habia casi destruido, y á quienes cubria un indecente polvo? ¿Cuántas veces habiais dicho á Jesucristo en los ímpetus de una santa impaciencia: Señor,

¹ Sit ergo in hoc altari innocentiae cultus: immoletur superbia; iracundia juguletur.

² Sordes animae, amor qualiscumque rei praeter Deum.

³ Veteres eratis, domum mihi nondum faciebatis, in vestra ruina jacebatis: eruamini ergo á vestrae ruinae potestate. (Serm. CCLVI).

cuándo reedificaréis este templo? ¿Cuántas veces, reprendiéndoo la limpieza y aseo de vuestras casas á vista de esas ruinas, habeis dicho entre vosotros: *El arca del Señor está en el campo y en las tiendas, y yo he de estar alojado con delicadeza y soberbia*¹? La menor indecencia os ofendia. Bendijo Dios vuestros designios: la obra se levantó, ya está acabada, ya la veis consagrada. ¿Qué resta, pues, sino que os consagreis vosotros mismos en ella? Verdad es que Dios no mide su culto por la grandeza y magnificencia de estos templos materiales, sino por la pureza de corazon de los que oran en él. La misma pobreza, decia san Jerónimo, no mide á una iglesia de Jesucristo pobre y humilde. Sus riquezas están en la eficacia de sus Sacramentos y en las misericordias de Dios, y no en los adornos, ni en lo dorado de ellos.

37. No digais, pues, como aquel Apóstol á Jesucristo: *Maestro, mirad qué piedras y qué edificios*². Media él por aquellas magnificencias exteriores, por aquellos suntuosos edificios, toda la gloria del templo de Dios; pero Nuestro Señor le respondió: *¿Ves esas grandes fábricas? De tal manera serán arruinadas, que no quedará en ellas piedra sobre piedra*³. El tiempo que todo lo destruye, arruinará los mas sólidos edificios; estas piedras experimentarán la misma suerte; estas grandes fábricas despues de haber sido por largo tiempo augustas, no serán luego venerables, sino por sus ruinas. La gloria de esta iglesia no consiste en la union y en la estructura de las piedras⁴. No digais: Nosotros tenemos una bella iglesia; antes bien decid: Nosotros tenemos buenos deseos, nosotros renovamos nuestro celo, asistirémos con mas fervor á los oficios divinos, no perderémos siquiera una gracia de las que Dios derramará en ella, nos aprovecharémos de todas sus bendiciones, hasta que podamos recibir las que Dios nos prepara en la celestial Jerusalem, donde reinarémos con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amen.

¹ II Reg. xi, 11.

² Magister, aspice quales lapides, et quales structura. (Marc. xiii, 1).

³ Vides has magnas aedificationes? non relinquatur lapis super lapidem, qui non destruat. (Ibid. 2).

⁴ Nolite confidere in verbis mendacii dicentes: Templum Domini, templum Domini est. (Jerem. vii, 4).

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LOS ESQUELETOS Y SERMONES CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	PÁG.
Esqueleto del Sermon I sobre la santa Cruz	5
Sermon	7
Esqueleto del Sermon II sobre la santa Cruz	13
Sermon	15
Esqueleto del Sermon III sobre la santa Cruz	26
Sermon	29
Asuntos para la santa Cruz	43
Esqueleto del Sermon I sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	54
Sermon	56
Esqueleto del Sermon II sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	66
Sermon	69
Esqueleto del Sermon III sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	88
Sermon	92
Asuntos sobre la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo	113
Esqueleto del Sermon I sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	122
Sermon	124
Esqueleto del Sermon II sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	134
Sermon	137
Esqueleto del Sermon III sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	154
Sermon	158
Asuntos sobre la Ascension de Nuestro Señor Jesucristo	177
Esqueleto del Sermon I sobre la fiesta de Pentecostes	184
Sermon	187
Esqueleto del Sermon II sobre la fiesta de Pentecostes	197
Sermon	200
Esqueleto del Sermon III sobre la fiesta de Pentecostes	220
Sermon	225
Asuntos para la fiesta de Pentecostes	248
Esqueleto del Sermon I sobre la festividad del santísimo Sacramento	255
Sermon	258